

Moralizadora, cristianizadora y trasgresora: una mirada a la imagen de la mujer en dos textos de Soledad Acosta de Samper⁵⁴

Luz Mercedes Hincapié

Investigadora Instituto Caro y Cuervo
Aracne2000@yahoo.com

El porvenir de la sociedad... se halla en manos de *la mujer*, y ella será el agente de la revolución moral que hace tiempo empezó y que aún no ha concluido. (Acosta 1895: vii)

Resumen

A mediados del siglo XIX, una minoría intelectual ilustrada cuestionaba la mentalidad colonial del sistema de dominación española revelando en sus escritos un intento de construcción del signo mujer basado en ideologías liberales, progresistas y pos-independentistas. Dentro de esta minoría se encuentra la escritora colombiana Soledad Acosta de Samper, cuya preocupación por la condición social de la mujer se revela en su obra con la imagen de una mujer educada. A partir del texto *La mujer en la sociedad moderna* y la novela *Una holandesa en América*, analizaremos dos aspectos de la imagen de la mujer en Acosta: el de la mujer como moralizadora y el de la religiosidad. El análisis de estos dos temas sirve para mostrar el uso dado por Acosta a los discursos normativos de la época en su proyecto de darle a la mujer un rol social importante y se convierten en estrategias que matizan el potencial trasgresor del nuevo papel para la mujer que ella pretende.

Palabras Claves

Ilustración, romanticismo, discurso, manuales de conducta, el “bello sexo”, literatas, prensa femenina, patriarcado, sufragio femenino

Abstract

In the mid XIXth century, an illustrated intellectual minority questioned the colonial mentality of the system of Spanish domination revealing in its writings an attempt at construction of the sign of woman based on liberal, progressive and post independence ideologies. Within this minority we find the Colombian writer Soledad Acosta de Samper, whose concern for the social condition of women is revealed in her work in the image of an educated woman. Using the text *La mujer en la sociedad moderna* [Woman in Modern Society] and the novel *Una holandesa en América* [A Dutch Woman in America], this article analyzes two aspects of the image of women in Acosta: that of woman as a moralizer and that of religiosity. The analysis of these two themes shows Acosta's use of the normative discourses of the period in her project of giving woman a more important social role and they become strategies to tone down the potential for transgression of the new situation for women that she desires.

Keywords

Illustration, Romanticism, discourse, conduct manuals, the “fair sex”, “literatas” [literate women], feminine press, patriarchy, women's suffrage

Introducción

⁵⁴ El presente resumen hace parte del avance de investigación que se adelanta en el Instituto Caro y Cuervo bajo el título de *El poder de las imágenes femeninas en Colombia: Religiosidad, discurso y resistencia*. Investigadores responsables: María del Pilar Mejía, Luz Mercedes Hincapié y Carlos-Germán van der Linde.
Fecha de recepción: Octubre 12, 2006 // Fecha de aprobación: Noviembre 2, 2006

Al leer la imagen de la mujer, se hace un intento por comprender cómo el signo femenino se construye “frente a lo masculino como mitos culturales cambiantes, sometidos a presiones económicas, políticas, de la moda e ideológicas en general” (Luna 1996: 13). A mediados del siglo XIX, estas presiones políticas e ideológicas se pueden percibir en una minoría intelectual ilustrada que cuestionaba la mentalidad colonial del sistema de dominación española. En sus escritos se evidencia un intento de construcción del signo mujer basado en ideologías liberales, progresistas y pos-independentistas contrapuestas al tradicionalismo patriarcal que imperaba aún. Dentro de esta minoría se encuentra la escritora Soledad Acosta de Samper, cuya preocupación por la condición social de la mujer y por su educación es evidente en su prolífica obra.

Los textos de Soledad Acosta nos revelan una particular imagen de mujer educada, dotada de herramientas para subsistir incluso en caso de no lograr el ideal del “matrimonio”. A partir de los textos *La mujer en la sociedad moderna* y la novela *Una holandesa en América*,⁵⁵ analizaremos dos aspectos de la imagen de mujer que Acosta muestra en su obra. El primero es el de la mujer como moralizadora, responsable de mantener y propagar la moral dentro de la sociedad teniendo en cuenta que su rol de guardiana de la moral se perpetúa por medio de la enseñanza a los hijos, el buen manejo de su hogar y su impecable ejemplo. Muy ligado a este tema está el de la religiosidad, el segundo aspecto que analizaremos, ya que en la obra de Acosta impera una preocupación con la ética religiosa femenina. El análisis de estos dos temas sirve para mostrar el uso dado por Acosta a los discursos normativos de la época en su proyecto de darle a la mujer un rol social importante. Adicionalmente, los dos aspectos mencionados (moral y religiosidad) se convierten en estrategias que matizan el potencial trasgresor del nuevo papel para la mujer que pretende Acosta. En consecuencia, el discurso de Acosta aparece en ocasiones como contradictorio, revelando sus propios límites.

La mujer en la sociedad de Soledad Acosta

En el siglo XIX, el signo mujer fue descrito y formulado incesantemente con estereotipos típicos del romanticismo, muy bien representados en Colombia por María, la heroína bella, inválida, sumisa e inocente de Isaacs. Las imágenes femeninas de este tipo se prolongan hasta el punto de volverse preceptivas, como lo evidencia un género de escritura muy en boga en el siglo XIX, los manuales de conducta y urbanismo, muchos de ellos dirigidos a mujeres -niñas, señoritas, esposas, amas de casa- donde se les aconsejaba hablar poco, desconfiar de sí mismas, ser modestas, cultas y discretas y sobretodo, no exhibir sus conocimientos (Londoño 1997).

Estos manuales de conducta y colecciones de consejos a las mujeres, que pasan de Europa y Estados Unidos a Latinoamérica, se convierten en fuentes primarias para la educación de la mujer. Proliferan también artículos publicados en periódicos y revistas en forma de cartas a una señorita o niña, escritos no sólo por hombres, como el célebre “Consejos a una niña” de José María Vergara y Vergara (1878), sino también los escritos por mujeres para mujeres. Acosta, por ejemplo, empleó este recurso; sus “Consejos a las señoritas” aparecían en la revista *La Mujer, lecturas para las familias*, ‘redactada exclusivamente por señoras y señoritas bajo la dirección de la señora Soledad Acosta de Samper’ como figuraba el título de esta publicación (Acosta 1879-1881). Más allá de dar consejos prácticos para la economía del hogar, la educación de los hijos y el cuidado personal, al que se dedicó el conjunto de prensa dirigida al “bello sexo” que surgió a mediados del XIX (Londoño 1990), la publicación de Acosta se preocupa también por mostrar maneras de vivir donde la mujer puede, además de ser madre y esposa, tener una profesión.

Por medio de sus escritos, Soledad Acosta emprendió el deber de educar a sus conciudadanas. A la mujer que no tenía opción de matrimonio o cuyas opciones eran limitadas, procuraba mostrarle “que el matrimonio no es indispensable para la dicha de la mujer, que si no ha encontrado un hombre virtuoso para casarse pueda subsistir por medio de labores honradas” (1895: ix) y poder así “rechazar al hombre vicioso, egoísta, de mal carácter y malo” (ix-x). En consecuencia, el objetivo del texto *La mujer* es el dar:

ejemplos de mujeres que han vivido para el trabajo propio, que no han pensado que la única misión de la mujer es la de mujer casada, y han logrado por vías honradas prescindir de la necesidad absoluta del matrimonio, idea errónea y perniciosa que es el fondo de la educación

⁵⁵ En adelante los títulos de estas dos obras aparecerán abreviados como *La mujer* y *Una holandesa*.

al estilo antiguo. ¡Cuántas mujeres desdichadas no hemos visto, solamente porque han creído indispensable casarse á todo trance para conseguir un protector que ha sido su tormento y su perdición! ¿No es acaso suficiente protección para una mujer la virtud, unida al amor al trabajo, á la laboriosidad? (1895: ix)

Con estos consejos Acosta muestra que hay otra forma de vida posible en la cual la mujer puede subsistir y ser dichosa por medio del trabajo honrado, sea o no casada. Esta idea está perfectamente ilustrada en *Una holandesa*, donde Lucía, la protagonista, a pesar de no haberse casado nunca, logra una vida plena y dichosa mediante el trabajo en la finca de su padre. Acosta reforzará posteriormente la noción de abrir las opciones profesionales a la mujer en su enumeración de mujeres profesionales prominentes en *La mujer*. Para Acosta, es la virtud de ese trabajo honrado, en función del bien y de la sociedad, lo que hará que la mujer, usando lo que la sociedad decimonónica ve como su ventaja moral, demuestre su importancia y su igualdad frente al hombre.

Guardiana de la moral

Para la sociedad colombiana del siglo XIX, la mujer, como se muestra en el epígrafe al comienzo, era la guardiana de la moral. La clase educada, influenciada por las ideas europeas y norteamericanas, creía que las mujeres ejercían una gran influencia en la vida social y que en los países donde ellas eran educadas la moral pública era más elevada (Londoño 1997). Es por esto que abundan instituciones educativas para mujeres así como escritos y publicaciones como *La mujer*. Soledad Acosta escribió ésta última pensada como herramienta para padres de familia y maestros (Acosta 1895: viii), para lo cual se basó en el libro *Self-Help* (1859) del inglés Samuel Smiles, compendió de hombres notables, de virtudes como la perseverancia y celebración del carácter que los llevó a serlo. Habiendo mostrado la mujer “virtud”, “abnegación”, “energía de carácter, de ciencia, de amor al arte”, y “patriotismo” (1895: vii), Acosta ve entonces la necesidad de mostrar biografías de mujeres eminentes para incitar a niñas y señoritas a su emulación.

Según su propia introducción al texto, Acosta quiere presentar este conjunto de biografías sin discriminar, “desde la reina en su trono hasta la artista en su taller; desde las bienhechoras más grandiosas de la sociedad, hasta la humilde hermana de la caridad en su hospital ó asilo, desde la gran señora hasta la pobre criada: desde la mujer de culta educación hasta la sencilla labriega” (1895: viii). Aunque pretende que esta lista sea inclusiva, es también propio de su ideología de clase el querer que la mujer obtenga una educación de acuerdo a su status en la sociedad y a sus necesidades. De esta manera, en *Una holandesa* nos muestra las graves consecuencias de una educación inapropiada en el personaje de Johana, madre de Lucía. Al cabo de tres años de educación formal, ésta regresa a casa con la costumbre de ocuparse de cosas inútiles que le hacen perder el amor a las tareas de la casa y que además le crean un carácter apático e indolente que acarreará la muerte de dos de sus hijos (1873: 6-7).⁵⁶ Es decir, una mujer debe educarse de acuerdo a la misión que va a ejercer en la vida y no es necesaria una amplia educación para una mujer que debe ocuparse tan sólo del hogar, al contrario de otras llamadas a ejercer ciertas profesiones. El mundo de la mujer profesional está también plagado de ejemplos a seguir; en *La mujer* Acosta presenta una lista de más de cuatrocientos nombres de mujeres europeas y americanas con gran variedad de profesiones: doctoras, astrónomas, matemáticas, botánicas, geólogas, naturalistas, filólogas, arqueólogas, economistas, abogadas, políticas, revolucionarias, oradoras, y artistas entre otras. Aunque muchas de ellas son sólo mencionadas, a las más renombradas se les dedican varias páginas de biografía. El texto se divide en seis partes, con títulos y subtítulos como: Bienhechoras de la Sociedad; Mujeres misioneras y moralizadoras (donde aparece por ejemplo Enriqueta Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tom*); Mujeres doctoras, políticas y artistas donde predominan las europeas y norteamericanas y muy pocas latinoamericanas son mencionadas. La última parte, en cambio, está exclusivamente dedicada a literatas de América Latina y Brasil.

En estas descripciones de literatas y profesionales, se desarrolla una imagen muy precisa de lo que la autora considera una mujer ejemplar a partir de las cualidades que resalta en ellas. Como ya

⁵⁶ La paginación de este manuscrito es irregular: esta escrita en lápiz muy probablemente posterior a Acosta y se enumera cada dos páginas. En algunas páginas no aparecen números y no se sigue una enumeración consecuenta.

hemos notado, virtud, patriotismo y abnegación figuran entre éstas; pero, también bondad, honradez, belleza del alma, dulzura de carácter, vivacidad del espíritu, amor al trabajo, y, por supuesto, el modelo de excelente madre, esposa y ama de casa. Aunque Acosta enfatiza estas últimas virtudes es notable también que admira a muchas de estas mujeres por razones distintas a sus capacidades en el hogar, como en el caso de las españolas Emilia Pardo Bazán, educada, erudita y de “cultivadísimo ingenio” (1895: 374) y la Baronesa de Wilson, viajera, historiadora y escritora de todo género (381).

La imagen del “bello sexo” que se devela a partir de estas descripciones es la de la mujer abnegada y sumisa dispuesta a sacrificarse por los demás y por su país y que goza con las alegrías de los seres que ama, como en el caso de la princesa Isabel de Francia, hermana de Luis XVI (1895: 2-11). Al igual que Isabel, el personaje de Lucía en *Una holandesa*, sacrifica su bienestar por el deber que es la gran misión de su vida; el de servir a su familia, a su padre, hermanos y hermanas, cuando su madre muere. Tanto las heroínas de la novela como las de *La mujer* están dispuestas a sacrificar sus propias vidas por el bien común. Son heroínas románticas debatiéndose entre la contradicción de su condición; entre la fuerza de carácter y extrema virtud que se espera de ellas y su indiscutible sumisión y sacrificio.

Si para Lucía no existe tal contradicción, si para ella el sacrificarse y someterse a las fuerzas de la vida y al destino que ésta le deparó conllevan a la satisfacción, no siempre fue así para las heroínas y escritoras del romanticismo. Las contradicciones de esta imagen que exige fuerza y virtud en la mujer y simultáneamente su subyugación, son las que dan pie al monumental análisis de Gilbert y Gubar *La loca del desván: la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX* (1979). La loca del desván es Bertha, personaje de *Jane Eyre* (Charlotte Brontë 1847), rescatado por Jean Rhys un siglo después en su *Ancho mar de los Sargazos* (1966) donde reescribe su historia y le otorga una voz al personaje marginado. Allí alude a las razones por las cuales Bertha, aquí llamada Antoinette, llega a la locura, las mismas que demuestran la autonegación de la que hablamos: una mujer fuerte, inteligente y apasionada, en este caso una mujer del Caribe, a la que se le exige sumisión a los valores anglosajones de su marido casado con ella por dinero y al que ella tiene que aceptar, ya que no tiene autonomía en la decisión de matrimonio que toma su hermano. El personaje de Antoinette cae en la desdicha de la que nos habla Soledad Acosta cuando se casa para conseguir un protector que es su tormento y perdición. Antoinette no tiene opción y es forzada a casarse con el hombre que provocará su locura y su muerte. En contraste, Acosta crea un personaje (Lucía) que sí tiene otra opción -y la toma- al preferir quedarse soltera a casarse con alguien que no ama.

Una nueva literatura

Durante la vida de Acosta, el oficio de escritora se consolidó en América del Sur gracias a los periódicos y revistas para señoras y señoritas. El periodo pos-independentista representa además un marcado interés, aunque fuera sólo de parte de la minoría ilustrada, en la condición de la mujer y en su educación para fomentar así el progreso de las nuevas repúblicas. Por eso nuestra autora dedica la sexta y última parte de *La mujer* exclusivamente a las literatas de Latinoamérica, profesión que puede ilustrar con numerosos ejemplos, mientras que otras profesiones (por ejemplo doctoras) cuentan menos representantes.

La parte sexta de *La mujer* comienza con un artículo llamado “Misión de la escritora en Hispano-América,” en donde explica más explícitamente cuál es la imagen de mujer a la que Acosta quiere que todas aspiren. Comienza por preguntar “¿cuál es la misión de la mujer en el mundo? Indudablemente que la de suavizar los [sic] costumbres, moralizar y *crislianizar* las sociedades” (énfasis de la autora, 1895: 381). En Latinoamérica, después de las revoluciones, desórdenes y malos gobiernos de las guerras de independencia, la mujer tiene una obligación moralizadora en la que el futuro y el progreso de estas sociedades están en mano de ellas (1895:386). Una forma de cumplir este deber es por medio de la escritura, arma importantísima para Acosta, y que les permitirá a ellas empujar “el carro de la civilización” (1895:387). Aunque los hombres sigan siendo los que se ocupan de la política, las leyes y el progreso de la nación, la autora da un papel primordial a las escritoras en esta época de formación de nación. Sugiere que las mujeres se dediquen a crear “una nueva literatura” que sea propia y americana, “doctrinal, civilizadora, artística, provechosa para el alma” (1895:388). El deber de mujer es el de custodiar la moral de la sociedad; en el ámbito del hogar, o con su pluma, es ella la que tiene que educar a los hijos y ser un modelo ejemplar para ellos y para la sociedad en general y sus escritos deben idealizar y elevar. De esta manera ella también puede contribuir a la sociedad y al

progreso de la nueva república.

En *La mujer* se evidencia cierta ambigüedad en cuanto al rol de la mujer en la política de un país - Acosta no aclara si la mujer debe o no incursionar en política. Por un lado, enfatiza que mientras el hombre hace nación con la política, la mujer puede hacerla con sus escritos. Por otro lado, y en contraposición a los discursos patriarcales donde la mujer debe ceñirse exclusivamente al ámbito de lo privado, Acosta admite la posibilidad de que la mujer habite otros campos fuera de su hogar. Además, dentro de la larga lista que hace de las diferentes profesiones admite varios nombres de mujeres en la política, como Susan B. Anthony, educadora y activista en pro del voto femenino en Estados Unidos y Mary Wollstonecraft, autora de *Reivindicación de los derechos de la mujer* (1792). Sin embargo, en la sección donde menciona a éstas y habla de la lucha por el voto de la mujer europea y norteamericana dice lo siguiente: “En los Estados Unidos de Norte América hay un semillero de mujeres que piden a gritos la emancipación política de la mujer, recorriendo calles y plazas, teatros y salones, y levantando en torno suyo una polvareda dentro de la cual desaparecen todas las cualidades femeninas que más apreciamos” (1895: 220). Pero aun con estas cualidades desaparecidas, Acosta enumera a las diferentes mujeres y sociedades en pro de la emancipación de la mujer en diferentes países de Europa y Norteamérica, revelándose en estas descripciones una mezcla de admiración y desprecio por este movimiento sin que quede muy claro si está en contra o a favor del voto femenino. Es razonable decir que aun si estuviera a favor preferiera no declararlo abiertamente en su obra por temor, quizás, a las consecuencias que esto traería. No obstante, la razón de su resistencia a este movimiento es únicamente cuando las mujeres quieren emancipación, no sólo con el voto, sino también de la religión, la moral, y los deberes domésticos a las que tilda de “energúmenas” e “inmorales” (1895: 222). Es claro que para la autora la inmoralidad en la mujer es una de sus principales preocupaciones pues, como veremos más adelante, la sociedad puede deteriorarse si sus mujeres son inmorales y ateas.

Por lo tanto, Acosta propone que la nueva literatura americana describa nuestra naturaleza, historia y costumbres sin imitar modas y vicios extranjeros (1895: 387). La autora hace referencia al naturalismo francés que crítica en varias partes del texto: en la nueva literatura “no se encontrarían descripciones de crímenes y escenas y cuadros que reflejaran las malas costumbres importadas a nuestras sociedades por la corrompida civilización europea” (388). También insiste:

Dejemos á los novelistas llamados del naturalismo esos estudios odiosos de pasiones y crímenes, estudios que en lugar de corregir y moralizar, sólo sirven para propagar el mal con la lectura de esos cuadros. Pero lo más importante, según creemos, en la literatura femenina netamente americana debería estar en que fuera cristiana, que estuviera siempre llena de fe en Dios... (408)

Su principal preocupación con el naturalismo es que le parece corrupto y que no demuestra ni propaga la fe en Dios. Tal género de escritura va en contra de la misión que ella quiere para las escritoras, la de elevar y civilizar, es decir, sólo mostrando ejemplos ideales de lo que el ser humano debe ser se lograría que estos lectores y sobretodo las lectoras de estas obras se sientan inspiradas a emular.

“La grandiosidad de la catedrales”

Esa falta de heroína ideal es justamente lo que Acosta crítica en *Blanca Sol* (1886), novela de la escritora peruana contemporánea, Mercedes Cabello de Carbonera, donde la sociedad se hunde en el vicio y la corrupción gracias a la pérdida de religión de la heroína (1895: 408). Acosta responde a una cita de Cabello de Carbonera con lo siguiente:

¡No, y mil veces no! Si el arte ha perdido la fe en Dios, el arte no se ha ennoblecido, se ha degradado... Pero no, el verdadero arte, el ideal, el puro, el grande, aun canta ‘la grandiosidad de las catedrales’, en donde se adora al verdadero Dios y se evoca esa fe que no se ha perdido sino en ciertos corazones maleados ó extraviados. (1895: 409)

Solo la literatura inspirada por Dios es la única verdadera y útil a las sociedades y la civilización sin Él no es si no barbarie (1895: 410). Soledad Acosta insiste en que la mujer y la escritora deben tener una moral impecable, debe moralizar en sus textos y sobre todo debe seguir la fe católica dando

ejemplo a las demás.

En *Una holandesa*, Lucía demuestra ser la heroína ideal en la visión de Soledad Acosta, la cual proporcionaría ejemplo e inspiración a las lectoras de su siglo. Lucía no es hermosa (aunque tampoco fea) lo que le evita, por lo tanto, sucumbir a la vanidad tradicional de su género. Hereda de su madre las únicas cualidades que tenía, un constante buen humor, grande energía física y moral y un carácter alegre (1873: 3 y 8). Estas cualidades serán su fuerza en los momentos de sufrimiento en el largo proceso de su misión (sumisión) en la vida que es la de civilizar a la familia salvaje que encuentra cuando llega desde Holanda a la finca de su padre en Colombia. Lucía, como ya vimos, no se casa, no porque no haya tenido oportunidad, de hecho hay un “buen inglés” interesado en ella, pero que no satisface el ideal de hombre que ella se había formado a partir del personaje de Carlos del que está secretamente enamorada. Infortunadamente Carlos se casa en Holanda con Rieken, la prima de Lucía y de esta manera nuestra protagonista, al ver sus ilusiones destruidas, escoge el camino del sacrificio en bienestar de los otros, en vez de casarse infelizmente con alguien que no ama y así se propone “olvidar sus desengaños y entregarse enteramente a los deberes de su situación acallando en su alma el idealismo del amor el cual pensó sería para ella imposible en adelante” (1873: 60). Para lograr esto es necesaria una herramienta trascendental, la cual le proporcionará su amiga Mercedes Almeida: la religión católica, “un apoyo y un consuelo en estos casos, porque inspira una verdadera resignación” (1873: 32).

Luego de enterarse del matrimonio de Carlos con su prima, Lucía tiene un sueño revelador en el que se encuentra en un árido desierto sola. Ve a lo lejos que Carlos espera a Rieken mientras que ella se pregunta quién la espera y la respuesta es: nadie. Pese a esta respuesta desoladora, Lucía descubre a la mañana siguiente una carta y libros religiosos enviados por Mercedes con lo que concluye “esta es la respuesta a mi sueño... estos libros me traen la explicación de una religión que me consolará tal vez y me dará el amor de Dios, que vale, por cierto, mucho más que el de los hombres!” (1873: 38) Lucía, que al llegar a Colombia no practicaba ninguna religión, confiesa la necesidad de una en la cual educar a su salvaje familia y con la cual poner orden a la anarquía que impera en la hacienda. Su búsqueda religiosa culmina con la experiencia de Semana Santa en Bogotá, donde ha sido enviada a curarse de cuerpo y espíritu: “Lucía asistió entonces por primera vez a las conmovedoras ceremonias religiosas de los templos católicos, y esto la hizo una honda impresión y contribuyó mucho a curar su espíritu y hacerla perder la violencia de sus desengaños y sufrimientos, moviéndola a pensar en Dios, que todo lo cura y consuela con su amor” (1873: 44). Este momento clave es la resolución del conflicto; a partir del viaje a Bogotá y de la experiencia religiosa ella sana no sólo en cuerpo si no que también resuelve todas sus luchas internas de modo que al concluir la obra la protagonista explica:

Mi vida aquí no ha sido ni triste ni monótona. Créalo usted: en este mundo nosotros mismos nos labramos nuestra propia cruz, pesada o liviana. Además, lo único positivo es el sentimiento y la convicción de haber cumplido con nuestro deber, y esta es una recompensa suficiente para un alma cristiana. Dios es tan misericordioso, que jamás ha dejado de poner un átomo de felicidad en todas las existencias humanas, átomo que nunca deja de hallar el que quiere tomarse la pena de buscarlo. (1873: página sin número después de la 65)

Al final, Lucía es una mujer satisfecha con lo que logró en su vida: la educación de sus hermanos y hermanas, el apoyo a su padre, más la pulcritud, el orden y el aseo que impera en la otrora bárbara hacienda. Al contrario de la imagen de la solterona amargada por no haber podido casarse, al contrario de la mujer insatisfecha por no haber logrado un matrimonio e hijos, único fin para la realización de la mujer en la cultura patriarcal, Acosta culmina su obra con una mujer feliz que siente que su vida ha sido productiva y siente el amor de las personas que la rodean.

La redención de Clarisa

Lucía incluso logra el amor de la hermana mayor, Clarisa, la más irracional, salvaje y voluntariosa de la familia que de esta forma aparece como la antítesis de la heroína. La imagen de este personaje sobresale por su contraste con la protagonista; Clarisa es alta, hermosa, morena y viste a la moda de la gente del pueblo, con enaguas de muselina, camisa bordada, pañolón colorado y sombrero de paja. (1873: 28) Se casa contra la voluntad del padre con un carpintero y siempre trata de contrariar

a los dos obedeciendo a ninguno. “Yo haré lo que tenga a bien” exclama (40) llegando inclusive a fugarse con un cómico de una compañía que pasa por el pueblo (60). Es obvio que este personaje ha de sufrir y que sólo al arrepentirse y al ser salvada por el amor y la dedicación de su ejemplar hermana, puede hallar la felicidad. Al final, cuando regresa harapienta y en la miseria absoluta, cuando lamentándose de todo lo malo que hizo se da cuenta de que su hermana la quiere a pesar de todo, en ese momento confiesa “he reflexionado mucho en todo este tiempo, y creo que lo único que me consolará y corregirá será el trabajo” (1873: página sin número después de la 63). Clarisa, redimida, se fortalece como personaje ante la visión de mujer que Acosta quiere ilustrar y como Lucía, por medio del trabajo y la dedicación a otros, logra un bienestar físico y moral.

En *Una holandesa*, por lo tanto, encontramos la imagen de la mujer dividida en dos modelos contrarios, la heroína sacrificada, resignada, que trabaja por el bien común y la anti-heroína, cuyos malos actos conllevan a la perdición de la que es liberada sólo por la bondad de la heroína. Son los prototipos que Soledad Acosta usa para ejemplificar y a su vez moralizar sobre la situación de la mujer que aparentemente, al discurso feminista contemporáneo, nos pueden parecer una manera más de solicitar la sumisión de la mujer. Mi argumento es exactamente lo contrario; dentro del discurso normativo de la época de Acosta no se puede pretender algo radicalmente diferente y leyéndola dentro de ese marco histórico lo que descubro es que la insistencia en la misión de moralizar y en la ética religiosa de la mujer son estrategias usadas por la astuta escritora para abogar por oportunidades - diferentes a las tradicionales- para la mujer.

Consecuentemente, el énfasis en la moral y la religión expuestos en las dos obras, funcionan como herramientas que le conceden autoridad a la escritora. Esta autoridad se consolida dentro de su sociedad gracias a diferentes factores de clase, raza y educación, es decir, Acosta puede escribir y ser publicada gracias a su posición social. Sin embargo, el hecho de ser mujer es una desventaja, en su contexto, en el momento de escribir y por ello tiene que ser cautelosa con lo que escribe, cosa que un hombre de su mismo estatus social no tendría que considerar tan cuidadosamente. Vemos entonces las funciones de moralizar y cristianizar, así como la impecable ética de su heroína, como su manera de redimirse ante la sociedad a la que le pide una mejor condición social para sus congéneres.

Esto es mucho más claro cuando nos detenemos en cierta contradicción en *La mujer* que surge de la ya referida crítica al naturalismo. Pese a su aversión a este estilo de escritura, la autora está dispuesta a obviarla cuando de una escritora admirable se trata: es el caso de Pardo Bazán, que defiende el realismo, el positivismo y el naturalismo además de “la literatura revolucionaria inventada en Francia” sin que esto perjudique la opinión de Acosta y al contrario la compare con Jorge Sand y Jorge Eliot en “dicción, riqueza de expresiones, estilo sólido y variado, energía, virilidad, ardor y elocuencia” (1895: 376). En este caso, entonces, Acosta subraya las virtudes de la escritura de Bazán por encima de lo que anteriormente calificó como corrupto, odioso y ateo.

La escritora viril

La palabra “virilidad” usada para describir la escritura de Bazán transfiere una cualidad que denota similitud con la escritura hecha por varones, encaja también en el discurso que se tenía en la época sobre la escritura femenina que importara. Es además la primera fase, según Elaine Showalter, de la escritura femenina, donde ésta imita y trata de igualar los logros de la literatura masculina (en Encinales de Sanjinés 1995). En esta etapa, la mujer interioriza las ideas masculinas sobre ella hasta el punto de dudar de su capacidad como escritora y para atreverse a escribir, tiene que usar seudónimos; es el caso de las dos Jorges mencionados, además de la propia Acosta quien escribió como Aldebarán y Renato.

La autora señala, igualmente, que en Colombia habría muchas más escritoras si no fueran tan tímidas y si confiaran más en sus facultades (1895: 387). Usando una cita de un literato ecuatoriano que se pregunta el por qué de la condición femenina, Acosta nos muestra el gran acertijo del sistema patriarcal:

... ¿por qué no brillan como deben en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que piensan y sienten, y tienen facultades para pintar la naturaleza y fuerzas para disputar al hombre las coronas y los lauros apolíneos? ¿Por qué enmudecen? ¿por qué se esconden? ¡Ah! es porque no se las comprende, ni se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto á las mujeres: las miramos como inferiores

nuestras, á lo más como compañeras de nuestra vida material y nuestras casas. No apreciamos en ellas el alma, sino el cuerpo, no buscamos las dotes de la inteligencia sino la efímera belleza de las formas exteriores. (394-395)

Ella es consciente de esta espada de doble filo que el hombre de su época usa para argumentar la inferioridad de la mujer; por un lado, el sometimiento a la ignorancia y a la frivolidad, y, por otro, el considerarlas seres no pensantes ni capaces de razón como ellos. En consecuencia, Acosta enfatiza en sus numerosos escritos la suma importancia de la educación para la mujer; es sin lugar a dudas lo que más ejemplifica en la numerosa lista de mujeres educadas que describe en *La mujer*.

Para justificar la falta de igualdad de la mujer con respecto al hombre en materia de conocimientos y aptitudes, Acosta hace referencia a la obra de dos españolas. Primero, cita un texto de Concepción Jimeno de Flaquer, *La mujer española. Estudios acerca de su educación* (1877), para mostrar lo mal vista que es la escritora española o cualquier mujer que quiera ser literata; el hombre español, dice el texto, “permite á la mujer ser frívola, vana, aturdida, ligera, superficial, beata ó coqueta, pero no le permite ser escritora” (1895: 363). Igualmente, recurre a las palabras de la fundadora del movimiento feminista en España, Concepción Arenal, con una larga cita donde ésta está de acuerdo con que la mujer española es inhábil como trabajadora, insuficiente como maestra, inferior como artista e incapaz de competir en muchas carreras, pero “todo esto consiste: 1. en la falta de educación; 2. en la fuerza de las costumbres; 3. en la competencia que se las hace; 4. en el desprecio en que se tiene al sexo femenino” (1895: 372-373). Con estas citas, y otras similares, la autora refuerza su argumento en pro de la educación para la mujer puesto que así puede demostrar que es un ser pensante, puede “elevarse”, y en consecuencia también a la sociedad en general. Asimismo, su ensayo desarrolla un fuerte argumento en contra de la mentalidad patriarcal bajo la cual la mujer debe mantenerse ignorante y lo justifica usando citas de literatos e intelectuales de renombre, tanto mujeres como hombres, como evidencia de un pensamiento moderno y progresivo.

Las variadas estrategias que Acosta usa en su ensayo para reforzar sus argumentos incluyen también una comparación entre las diferentes situaciones de la mujer en diversos países. Recalca que en España la mujer aún era considerada inferior, burlada por querer ser literata y despreciada por la sociedad, aunque esto comenzaba a cambiar gracias a la lucha feminista y a las asociaciones para la enseñanza de la mujer (1895: 373). Cabe destacar, sin embargo, la siguiente cita que Acosta toma de *La mujer en los Estados Unidos* (Varigny 1893), donde se puede apreciar un conjunto de imágenes según los estereotipos de diferentes países:

“Para los *franceses* la mujer personifica y incarna [sic] en sí todas las exquisitas y delicadas perfecciones de la civilización; para el *español* es una virgen en una iglesia; para el *italiano*, una flor en un jardín; para el *turco* un mueble de dicha... El *inglés*, precursor del americano, ve sobre todo en la mujer la *madre* de sus hijos y la *señora* de su casa. Al abandonar á Inglaterra, la mujer que fue á establecerse á la América del Norte, no dejó en Europa sus costumbres y sus tradiciones...” Así pues, para el americano del Norte, su ideal es igual al del inglés, pero allí la mujer es todavía más señora de su casa que en Inglaterra. (382)

Se evidencia aquí el discurso anticolonial de las nuevas repúblicas latinoamericanas donde España es un modelo de atraso que se tiene que superar. También son evidentes las premisas del discurso civilizador según las cuales las naciones occidentales como Francia, Inglaterra y Estados Unidos son modelos de progreso e ilustración que se deben seguir por las nuevas repúblicas mientras que los países no occidentales (Italia y Turquía en este caso)⁵⁷ siguen siendo salvajes.

Según Acosta, es en los Estados Unidos donde sin lugar a dudas la mujer goza de más derechos e influencia por estar respaldada por todos:

Porque, á más de cumplir sus deberes como esposa y como madre, es real y positivamente la compañera del hombre; no es una flor, un ensueño, un juguete, un adorno, una sierva; es igual á su marido y á su hermano por la solidez de su instrucción, la noble firmeza de su carácter, por sus dotes espirituales, y por consiguiente para ella todas las carreras le están abiertas, menos

⁵⁷ Debemos recordar que según este discurso decimonónico Italia era aún considerada bárbara en oposición a países como Inglaterra y Francia, cuna de la ilustración.

una, la menos envidiable – la de la política. (1895: 385)

Allí son empleadas públicas, abogadas, médicas, agricultoras, banqueras, etc., y le hacen competencia al hombre sin que se les haga favores especiales o se les elogie sin que ellas lo merezcan (385). Aunque la política no es un campo abierto a la mujer en los Estados Unidos, ya de antemano Acosta ha señalado los esfuerzos de Susan B. Anthony y del movimiento por el sufragio femenino que allí existe. Además, se extiende detalladamente sobre el tema de la igualdad de los sexos en este país para pintarnos una sociedad donde la mujer tiene la capacidad, la educación y las herramientas necesarias para competir con el hombre sin que este le otorgue ninguna ventaja ni consideración especial. Es decir lo que ella admira de la mujer en los Estados Unidos es que con su propio trabajo y habilidad demuestre que el “bello sexo” no es inferior al hombre.

No ocurre lo mismo en Latinoamérica, aunque subraya que el hispanoamericano es más adelantado que el español y ve en la mujer algo más que una virgen en una iglesia e insiste, que en todas las repúblicas después de independencia, se ha tratado desde su fundación de dar a la mujer educación y un papel más amplio en la vida social (382), enumerando las instituciones en Colombia dedicadas a la educación de niñas y señoritas como prueba de ello (383). A pesar de estos esfuerzos, Acosta es consciente de que a la mujer aún se le ve como a un ser inferior, como a una niña:

Y se la elogia cuando se eleva un poquito sobre la medianía con una exageración que abochorna. Debemos, empero, rechazar cierta clase de ponderaciones como una ofensa casi, porque éstas prueban que se aguardaba tan poco de nosotras, que cualquiera cosa que hagamos, y que prueba alguna instrucción ó talento, es extraña en nuestro sexo y se debe aplaudir como una rareza fuera de lo natural. (385)

Para Acosta, el hecho de que en Latinoamérica cualquier talento o pensamiento que la mujer tenga se tome como una extraordinaria rareza o anomalía es un fuerte insulto a su intelecto y es una imagen de mujer que ella quiere cambiar. Para hacer este cambio, sin embargo, la autora tiene que someterse a los discursos normativos de su época y debe apoyarse en la moral y la religiosidad que se exige tanto de la escritora como de toda mujer. Sólo a partir del armazón moral y religioso que ella promueve para la mujer puede ésta protegerse y superarse en el sistema patriarcal en el que vive.

A modo de conclusión, resumiremos la imagen tradicional de la mujer que Acosta quiere subvertir: es una mujer que necesita la protección del hombre, así se tenga que cazar con uno vicioso e inmoral, puesto que no tiene como subsistir por sí misma aunque sea inteligente, honesta, laboriosa, religiosa y moral; es una mujer sin opciones, puesto que no tiene educación y que no puede ser independiente por sí sola. Al contrario, la imagen que Soledad Acosta nos presenta en sus textos es una mujer independiente, que aunque este casada y sea madre puede trabajar para satisfacer sus inquietudes intelectuales y para el futuro junto a su esposo con el cual convive en términos de igual a igual. Esta mujer usa su intelecto, su integridad moral y religiosa para el bien de la sociedad, para el progreso de su nación. Las imágenes confieren poder y el hecho de que la autora haya compilado esta lista de mujeres de renombre, profesionales en áreas del conocimiento tradicionalmente cerradas a la mujer, y que quiera divulgar esta lista entre sus conciudadanas demuestra que ella desea, a pesar de las críticas de inmorales y poco femeninas que le hace a muchas, que las colombianas sigan estos ejemplos. Enumerando a estas mujeres educadas, eruditas, profesionales e independientes, nuestra autora ilustra, educa e incita a la mujer colombiana a salir de su frivolidad y a pensar en otra opción de vida para que deje de creer que es inferior. Con el propósito de realzar a su conciudadana y, por ende, a su país, Soledad Acosta de Samper demuestra al mismo tiempo, no solo en teoría si no en practica la imagen de mujer de la que ella escribe.

Bibliografía

- Acosta de Samper, Soledad (1896) *Consejos a las mujeres*. Paris: Garnier.
 (1895) *La mujer en la sociedad moderna*. Paris: Garnier.
 (1888) *Una holandesa en América (novela psicológica y de costumbres)*. Por Aldebaran. Curacao: A. Berthencourte e Hijos. (La edición utilizada es un cuaderno titulado *Varias Novelas* donde Acosta pegó los recortes de ésta cuando apareció seriada, fecha de Abril de 1873, y que

- se encuentra en el Fondo Soledad Acosta de la Biblioteca del Instituto Caro y Cuervo, Yerbabuena)
(1879-1881) *La Mujer, lecturas para las familias*. Bogotá.
- Brontë, Charlotte (1847) *Jane Eyre*. New York; London: Norton Critical Edition, 2001.
- Concepción Jimeno de Flaquer (1877) *La mujer española. Estudios acerca de su educación*. Madrid: Miguel Guijarro.
- Encinales de Sanjinés, Paulina (1995) "Escritura femenina o la re-inscripción del silencio." En: *Texto y Contexto*, no. 28, septiembre-diciembre: 173-188.
- Girbert, Sandra y Susan Gubar (1998) *La loca del desván: la escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Cátedra.
- Londoño, Patricia (1997) "Cartillas y manuales de urbanidad y del buen tono: catecismos cívicos y prácticos para un amable vivir." En: *Revista Credencial Historia*, Edición 85 (enero).
(1990) "Las publicaciones periódicas dirigidas a la mujer, 1858-1930." En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXVII, no. 23.
(1984) "La mujer santafereña en el siglo XIX." En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XXI, no. 1: 3-24.
- Luna, Lola (1996) *Leyendo como una mujer la imagen de la mujer*. Barcelona: Anthropos.
- Rhys, Jean (1966) *Wide Sargasso Sea*. New York; London: Norton Critical Edition, 1998.
- Vergara y Vergara, José María (1878) "Consejos a una niña." En: *Las tres tazas y otros cuadros*. Bogotá: Minerva, 1936: 135-142.
- Varigny, M. C. de (1893) *La Femme aux Etats-Unis*. Paris: Armand Colin.